

La Retórica pórtico la ciencia

José Luis
Ramírez

EL HOMBRE, ANIMAL RETÓRICO

El lenguaje es el pórtico de la ciencia. Así reza, como yo lo entiendo, el tema de este simposio*. De esa afirmación se desprende que toda labor científica que no atienda al conocimiento tanto del lenguaje como de las palabras que el lenguaje utiliza es como la labor de un artesano que descuidara la función y el uso adecuado de los utensilios o herramientas indispensables para la realización de su obra. Toda ciencia, diríamos, antes de ser ciencia es lenguaje.

Una vez aceptada la denominación Pórtico de la Ciencia como caracterización metafórica del lenguaje me veo inducido sin embargo a hacer algunas precisiones. El lenguaje no solamente da acceso a la ciencia, que es una actividad específica de la vida social humana; el lenguaje es la llave de la vida social en general, inclusive, claro está, la ciencia. En mi tarea universitaria en Suecia me hallo dedicado precisamente a promover la necesidad de la reflexión lingüística para el dominio y buen desarrollo de cualquier tarea humana, tanto científica como cotidiana. Sin una reflexión conceptual y lingüística jamás podremos sentirnos dueños de nuestras propias obras en una sociedad en la que el fenómeno lingüístico es cada vez más dominante. Desgraciadamente sin embargo, en muchos ámbitos de la sociedad moderna no son los hombres los que hablan el lenguaje, sino el lenguaje el que habla a los hombres.

En un pasaje significativo de *La Política*, muy conocido pero apenas leído con atención, alude Aristóteles a eso que los griegos llamaban *Logos* y que supone la facultad, que sólo el ser humano posee, de expresar su pensamiento y su vida interior mediante el lenguaje. Dice así:

El hecho de que el ser humano sea un animal social en mayor grado que la abeja o que cualquier otro animal gregario, tiene una explicación evidente. Es común afirmar que la naturaleza no hace nada en vano y el ser humano es el único que tiene *logos*. Pues mientras la voz pura y simple es expresión de dolor o placer y es común a todos los animales, cuya naturaleza les permite sentir malestar o gozo y la posibilidad de señalárselo unos a otros, el *logos* (el lenguaje humano) sirve para manifestar lo que es conveniente y lo que es perjudicial, así como lo justo y lo injusto. Pues esto es lo que caracteriza al ser humano, distinguiéndolo de los demás animales: el hecho de poseer en exclusiva el sentido del bien y del mal, de la justicia y de la injusticia, y de los demás valores. Y la participación en común de estas cosas es constitutiva de la familia y de la comunidad local (*Política*. {1253a 7 ss.}).

Existe un gran equívoco entre “la palabra” (en singular), que también significa *el lenguaje* como facultad y actividad humana, y “las palabras” (en plural) que sólo se refiere a *la lengua*, es decir al sistema de significantes que el lenguaje utiliza como instrumento de su actividad. Confundimos así a menudo, metonímicamente, *el lenguaje* con *las palabras*. Wilhelm von Humboldt deshacía esa metonimia diciendo que el lenguaje no es *ergon* (obra o producto) sino *energeia* (actividad), una tesis que ha sido mantenida y desarrollada en nuestro tiempo entre otros por Leo Weisgerber.

La actividad del lenguaje se presenta en ese texto programático de Aristóteles como la facultad propiamente humana que nos permite no solamente expresar *lo que conocemos*, sino también valorarlo y expresar *lo que queremos*. *Inteligencia, ponderación y voluntad* son tres elementos constitutivos de la vida humana y social que se hacen posibles mediante el *logos*, que no sólo es la razón, sino también su expresión externa mediante el lenguaje. Aclaraba Cicerón que la palabra griega *logos* significa “*ratio et oratio*”. Es decir las dos cosas en una. La *ratio* latina y nuestra palabra “razón” sólo recogen semánticamente un aspecto del *logos* griego. El hombre es, según la cita aristotélica y según lo que voy a desarrollar a continuación, un animal esencialmente parlanchín, es decir un *animal retórico*.

Haciendo encajar el tema de mi disertación de hoy con el título general de este ilustre simposio, voy a tratar de reivindi-

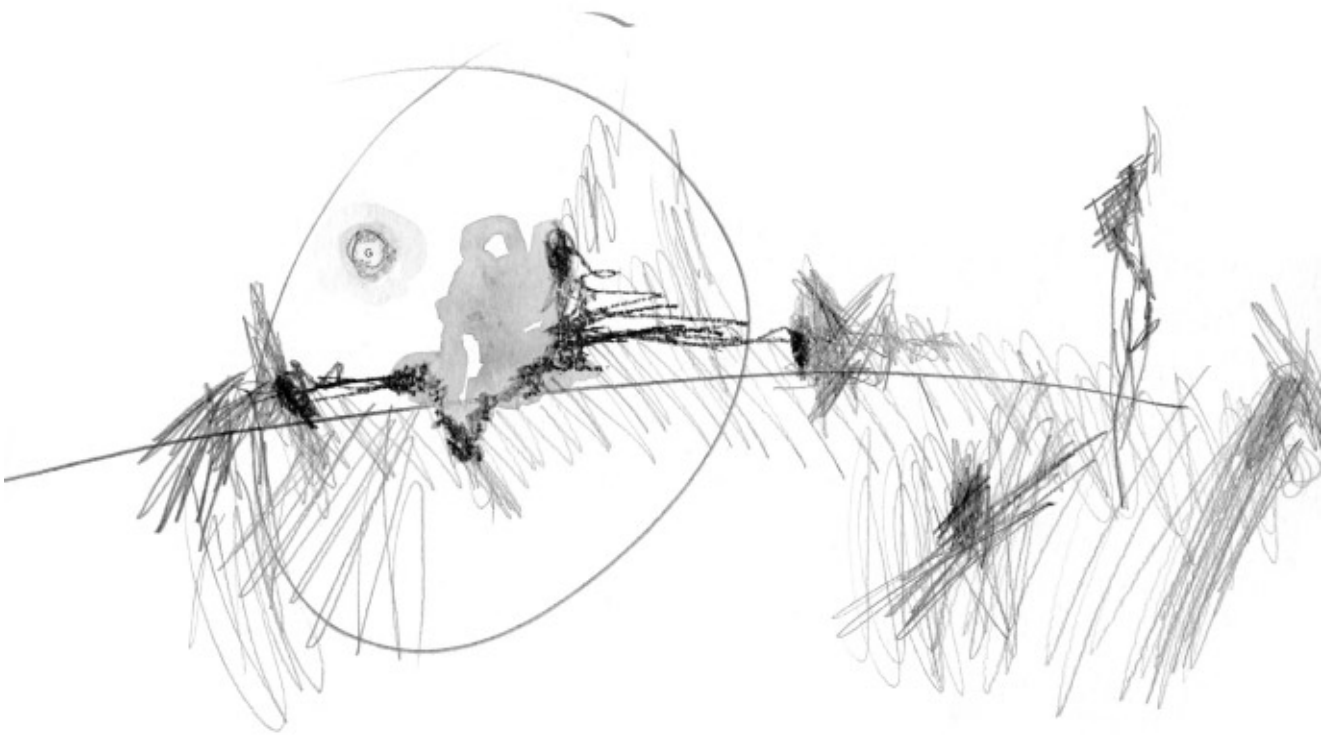


car el papel de la Retórica como el verdadero “Pórtico” no sólo de la ciencia sino de la comunicación humana en general.

LA ESCRITURA PUERTA DE LA CIENCIA

El lema latino del simposio es *Porta Scientiae*. Habrán notado ustedes sin embargo que yo estoy hablando del lenguaje como *pórtico*, no como *puerta* de la ciencia. “Pórtico” y “puerta” son palabras de gran afinidad semántica, sin significar exactamente lo mismo. Llamamos propiamente *pórtico* al recinto abierto, a menudo enmarcado por columnas u otros ornamentos arquitectónicos, que da acceso a un lugar. La *puerta* en cambio es algo más específico: el aditamento o construcción que, encajada en el pórtico, regula las entradas y salidas.

El lenguaje en general y especialmente el lenguaje hablado es el pórtico de toda vida social. Más para que esa vida social pueda regular y ajustar mejor el lenguaje del conocimiento humano, se hizo preciso encajarle una puerta, reducir el discurso hablado al mensaje escrito, mediante la invención y uso del alfabeto. Un lenguaje sonoro y evanescente, articulado por la garganta humana y captado por el oído, se tradujo en un lenguaje silencioso y puramente visual, de signos elaborados por la mano. Con la alfabetización del lenguaje y con la escritura se hizo posible advertir y estudiar las estructuras gramaticales, analizar el discurso humano y distinguir unas palabras de otras. La lengua escrita nos hace conscientes de la estructura del discurso, de la palabra y sus componentes. El alfabeto hizo posible el análisis lingüístico y por ende lo que hoy llamamos ciencia. Sin escritura, especialmente la escritura alfabética, no habría sido posible el desarrollo científico. El invento del alfabeto dio origen, como señala Walter J. Ong, a la tecnologización de la palabra. Technologización que, al otorgar la hegemonía al ojo y a la mano, frente al oído y la voz, convirtió al substantivo en el rey de la gramática, a pesar de que la palabra *verbum*, que en latín significa justamente “el uso de la palabra”, sigue etimológicamente indicando que lo esencial del lenguaje humano es la actividad y no la imagen o nombre de esa actividad y de sus objetos. Lo mismo que el mítico rey Midas convertía en oro todo lo que tocaba, el alfabeto convierte las acciones humanas en cosas, contribuyendo a la reificación o cosificación de la realidad humana. Por eso, cuando hablamos del lenguaje pensamos en las palabras,



© Yara Almoína, 6 de la serie *abecedario o dibujos para leer en voz baja*, 2002.

no en la palabra, olvidándonos de la actividad que hace a las palabras ser palabras.

La escritura hizo posible el desarrollo de un lenguaje específicamente científico-positivo, basado en una fijación e invariabilidad del significado que reduce el concepto a la palabra visible y permite el cálculo. Surge así el dogma de la semántica. En un mundo regido por leyes naturales y por la relación entre causa y efecto sería imposible cualquier certeza científica si los términos o palabras utilizadas cambiaran algún aspecto de su significado durante el proceso racional deductivo o inductivo. Ése es el mundo del *ser*. Pero el mundo dirigido por la voluntad humana, que no se ciñe al *ser* sino al *querer* y al *deber ser*, reniega del uso de conceptos compactos, manipulados por la definición, y exige una multiplicidad de perspectivas y de usos flexibles, adaptables al contexto. El lenguaje en general, que es el lenguaje hablado, es más *pragmático* que *semántico* y *sintáctico*.

Es verdad que el lenguaje nos abre el paso al mundo de la ciencia. Pero entre el lenguaje hablado originario y el lenguaje adaptado a la ciencia hay un ajuste realizado por la semántica y la lógica. Todo lenguaje que no se someta a la univocidad del concepto compacto y de la lógica formal no es adecuado para la ciencia. Sólo con la introducción de la lengua escrita pueden cumplirse esos requisitos. Pero si la lengua escrita es

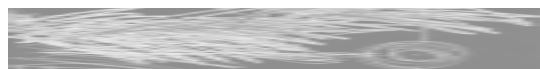
condición de la ciencia, la lengua hablada es condición de la lengua escrita. El lenguaje natural, el lenguaje hablado, no deja por tanto de influir en los comienzos de toda ciencia. La ciencia es primordialmente una actividad humana, antes de convertirse en resultado. Y como toda actividad humana la ciencia tiene que pasar por el campo previo de la deliberación y de la elección que es el ámbito propio del lenguaje hablado. La *atención* a un aspecto u otro de la realidad, la *elección* y *valoración* de un problema científico con preferencia a otro, el entrenamiento en la actividad científica, todo eso son actividades humanas previas y condicionantes de la ciencia que se mueven en un terreno lingüístico todavía no ajustado semántica y lógicamente. En el fondo, aunque el lenguaje científico está basado en conceptos compactos bien definidos, en inducciones y deducciones lógicas exactas y en análisis y distinciones positivas, se construye sobre el terreno movedizo de un lenguaje básico dominado por conceptos confusos o ideales. Los *conceptos confusos* carecen de univocidad y exactitud semántica y buscan su definición mediante su uso. Y los *conceptos ideales* buscan su significado en el mundo de lo meramente deseable y no existente. En ese mundo originario del lenguaje no hay *silogismos* lógicos cerrados

sino *entimemas* retóricos abiertos. Y mientras el mundo cerrado de la ciencia es impersonal, el discurso de la práctica, también de la práctica científica, se establece en un diálogo en que la participación y la creatividad están siempre abiertas a la polisemia, a la matización, a la reiteración y a toda clase de objeciones. Este mundo lingüístico es el que estudia la antigua disciplina que los griegos llamaron Retórica, un estudio del lenguaje como pórtico de toda actividad humana ya sea científica, productiva o ética. La relación entre el lenguaje en general y el lenguaje científico es *sinecdótica*, no dicotómica.

LA RETÓRICA CIENCIA DEL LENGUAJE

El nacimiento de la Retórica como disciplina en la Grecia antigua está sin embargo sujeto a una gran paradoja. La Retórica es también una ciencia y como tal se halla también subordinada a la aparición del alfabeto y al uso de la lengua escrita. La Retórica nos ofrece la explicación consciente del fenómeno lingüístico humano, la explicación científica de cómo se efectúa la transmisión del pensamiento humano a la palabra articulada. Solamente con ayuda de la lengua escrita pudo el ser humano ser consciente y analizar detenidamente la lengua hablada, creando una disciplina retórica. Otra cosa es la retórica inconsciente, el arte de hablar que nunca se había planteado a sí mismo como objeto de estudio y análisis. El hablante no consciente de su competencia retórica se asemeja a aquel personaje de Molière que había hablado en prosa durante toda su vida sin saber lo que era la prosa. La Retórica se establece así como ciencia y conciencia del hecho lingüístico.

La misión más importante de la Retórica sería, por lo tanto, la explicación del fenómeno lingüístico. Pero, apenas nacida en la antigua Grecia, la ciencia Retórica, que debía ser la investigadora del fundamento del hecho lingüístico, se vio reducida al carácter de mera técnica añadida al lenguaje preconstituido. El lenguaje se supone entonces no subordinado, sino anterior a la retórica, pudiendo utilizar ésta *ad libitum* para lograr fines particulares como son *convencer*, *deleitar* y *mover*. Apenas surgida y apenas vislumbrado y consolidado su verdadero sentido científico como teoría de la expresión y de la comunicación humana, la Retórica se vio desdeñada y reducida por el omniinfluyente Platón a un mero arte culinario, decorativo y engañoso.



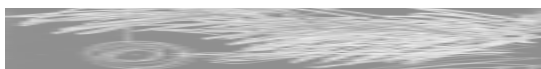
Para Platón el único saber que merecía la pena era el saber seguro de la ciencia, mientras que el vulgo inculto se movía con opiniones gratuitas. Platón declara que la Retórica es el órgano de *la opinión* (*doxa*), no de *la ciencia*. Por eso, dice, hay que despreciarla. Esta falacia platónica se ha convertido en un dogma que ni siquiera los especialistas en Retórica han sabido desenmascarar. Pues si algo es en verdad objeto de la Retórica es el obrar humano, no el saber. La Retórica implica un *saber del obrar*, no un *saber del saber*, como la Lógica y la Teoría de la Ciencia.

Lo que ignoraba Platón y lo que ignoran nuestros planes de estudio modernos, que han convertido todas las artes productivas en ciencias, es que el conocimiento humano se divide en dos clases mutuamente complementarias. Una cosa es saber *lo que algo es* y otra saber *cómo actuar* o *cómo hacer algo*. Hay pues un *saber de lo fáctico* y un *saber del hacer*. En el lenguaje aristotélico se expresaba esto diciendo que un conocimiento humano de *aquello que no puede ser de otra manera* (es decir el mundo de la realidad dada y de las leyes del universo) y de *aquello que puede ser de otra manera* (es decir aquello que depende de la voluntad y de la acción humana). En el terreno de lo teórico o fáctico cabía sólo, según Aristóteles, el cálculo lógico. Se trataba aquí de buscar *lo verdadero*. En el terreno de lo factible o práctico, que no se orienta hacia lo verdadero sino hacia *lo bueno y conveniente*, no existe conclusión objetiva alguna, deducida de la naturaleza de los fenómenos. En este terreno tienen los hombres que *deliberar* antes de *decidir* y antes de *actuar*. Es en la deliberación humana donde la Retórica obtiene su objeto más propio.

RETÓRICA Y LÓGICA

Tendríamos pues un instrumento u *organon* de la verdad y del saber que es la llamada Lógica formal (cuyo creador es el propio Aristóteles) y un *organon* de la deliberación acerca de lo bueno y de lo conveniente (que no es lo mismo que lo opinable ni lo verosímil). Este último es la Retórica, estudiada y sistematizada por primera vez a fondo en el tratado que nos legó Aristóteles y que fue después emparejado con la Poética.

Pero la propia Lógica no es más que un destilado sintáctico, “des-semantizado” y universalizado de la Retórica. El que la Retórica sobrepase el ámbito científico, al ocuparse del lenguaje en la deliberación, no quiere decir que la ciencia pueda



prescindir de la Retórica. Pues la ciencia, antes de convertirse en un resultado expresado por escrito, es una actividad humana que también está, como toda actividad humana, subordinada a la deliberación y a la elección. Nadie dice de un libro de ciencia que sea verdadero o falso. Decimos que es bueno o malo, bien hecho o mal hecho, relevante o irrelevante. Pues la ciencia es búsqueda de la verdad y toda búsqueda es actividad, no resultado. El resultado es el encuentro, no la propia búsqueda. La búsqueda de la verdad que motiva el quehacer científico está subordinada también al bien, a la utilidad y a la conveniencia. Queremos saber lo que es verdad porque saberlo es bueno y oportuno para nuestras actuaciones.

He aquí pues cómo lo práctico tiene primacía sobre lo teórico. Una teoría es también algo que se hace, y para que una teoría sea buena y útil tiene que revelarnos alguna verdad. En lugar de hablar de teoría y práctica como dicotomía, hay que ver la actividad reflexiva y la actividad productiva como dos niveles inseparables y mutuamente influyentes de la actividad humana. Un conocimiento completo necesita dominar tanto la *teoría de la práctica* como la *práctica de la teoría*. La Retórica estudia cómo la experiencia humana en la palabra se refleja o expresa, mediante el lenguaje, en las palabras. Por ello, siendo el lenguaje una actividad práctica, productiva de conceptos, expresiones, discursos y argumentos, se encuentra al servicio de la actividad reflexiva creadora de conocimiento teórico.

Y como actividad creadora y reflexiva, el conocimiento teórico es práctico.

*** Extracto del discurso inaugural del Simposio PORTA SCIENTIAE, celebrado en Vasa, en agosto de 2001, Södertörns Högskola, Estocolmo. jose.ramirez@bredband.net**

